

Fué desgracia haber espirado al advenimiento de Felipe IV. al trono la tregua de doce años con las Provincias Unidas de Holanda, y que volviera á encenderse tambien la antigua guerra de los Países Bajos. Otro ministro menos presuntuoso y mas hábil que el de Olivares hubiera procurado ó renovar la tregua ó convertirla en paz: el favorito de Felipe IV., que desde el principio pareció haber querido inspirar á su rey aquella jactanciosa divisa con que se dice que despues hizo acuñar moneda: *Todos contra Nos, y Nos contra todos*; no halló dificultad ni reparo en luchar con todos los aliados de los holandeses, con Dinamarca, Francia é Inglaterra; y las fuerzas militares de la empobrecida España, desparramadas por las tierras de Europa y por los mares de África y de la India, peleaban simultáneamente en Alemania y en Flandes, en la Lorena y en Milan, en la Alsacia y en la Valtellina, en el interior de Francia y en las costas de Inglaterra. Nuestros guerreros y nuestros marinos mantenian todavía la antigua gloria y renombre de España: Espínola en el sitio de Breda, don Martin de Aragon en el combate del Tesino, don Fadrique de Toledo en Puerto Rico y Guayaquil, don Francisco Manrique en las costas africanas, un ejército de imperiales y españoles amenazando á París como en los tiempos de Carlos V. y Felipe II., todos estos eran esfuerzos honrosos, señales y como restos gloriosos de la antigua grandeza, pero semejantes ya á los últimos ar-

ranques de un enfermo que está cerca de acabar, á los últimos fulgores de una antorcha que está para extinguirse.

La nueva guerra de Flandes nos costó la pérdida de Landrecy, de La Chapelle, de Chatelet, de Hesdin, de Arras, y de otras plazas importantes en el Brabant, en el Artois y en el Luxemburg: en Italia nos tomaron los franceses á Turin: nuestras tropas fueron arrojadas de la Guiena y del Languedoc: los ejércitos de Francia se atrevieron á penetrar en Guipúzcoa y en el Rosellon, y aunque fueron escarmentados delante de Fuenterrabía y de Salces, merced aqui al arrojamiento de los voluntarios catalanes, allá al denuedo de los soldados castellanos, es lo cierto que la España, invasora por mas de dos siglos, comenzaba á ser invadida por mas de una frontera. Nuestras escuadras, mandadas por Oquendo y Mascareñas, eran derrotadas por los almirantes holandeses en el canal de la Mancha y en los mares de la India. La compañía holandesa de este nombre nos apresó en trece años sobre quinientos bageles de guerra y mercantes, y aquellas presas la decidieron á intentar la conquista del Brasil. El príncipe de Nassau subyugó todo el litoral de la América del Sur. Pero don Gaspar de Guzman era primer ministro de España, y seguia nombrando á su rey Felipe el Grande.

En tal estado, suceden las dos revoluciones casi simultáneas de Cataluña y Portugal; aquella para en-

tregarse á un rey extraño, ésta para darse un rey propio; la una y la otra para librarse del gobierno de Castilla, de quien habian recibido agravios. Ya no eran países remotos, ya no eran regiones apartadas por la inmensidad de los mares que nos arrebatava una potencia enemiga ó rival. Eran nuestras propias provincias las que espontáneamente se separaban de su natural y legítimo soberano. ¡Qué descenso desde Felipe II. hasta Felipe IV! Felipe II. habia estado á punto de ser rey de Francia, y sus tropas dieron guarnicion á París. En el reinado de su nieto es proclamado rey de Cataluña Luis XIII. de Francia, y tropas francesas vienen á guarnecer á Barcelona. Felipe II. de Castilla fué á Lisboa á coronarse rey de Portugal. Felipe IV. de Castilla supo que Portugal habia dejado de pertenecerle cuando estaba ya coronado en Lisboa don Juan IV. de Braganza. Y sin embargo el adulador ministro de Felipe IV. seguia apellidándole *el Grande*.

¿A qué sino á la soberbia y la torpeza del ministro castellano se debió que estallára la rebelion en Cataluña? ¿A qué sino á su torpeza y su soberbia se debió la duracion de una guerra que pudo haberse sofocado en su origen? Antiguo y no infundado era el odio de los catalanes al conde-duque: recientes y fundadas eran sus quejas por los malos tratamientos que habian recibido de las tropas reales y del gobierno de Madrid. El mismo que habia sido siempre era ahora el pueblo catalan. El de Olivares debia conocerle y no le cono-

ció. Ahora como á fines del siglo XIII. la decision y el arrojó de los catalanes lanzó á los ejércitos franceses del Rosellon. Si entonces destrozaron el ejército de Felipe el Atrevido de Francia, ahora acababan de escarmentar las huestes de Luis XIII. acaudilladas por el príncipe de Condé. ¿Merecian por recompensa la carga de los alojamientos, la violacion de sus fueros y usages, los ultrages é insultos de los soldados castellanos, los menosprecios del marqués de los Balbases, las irritantes respuestas del conde-duque, y los rudos ordenamientos de Felipe de Castilla? ¿Se habia olvidado lo que habia sido siempre el pueblo catalan en los arranques de su indignacion y su despecho? ¿Habiasé borrado de la memoria la guerra de diez años sostenida en el siglo XV. por ese pueblo belicoso, altivo, pertinaz, temoso é inflexible en sus adhesiones como en sus odios, contra don Juan II. de Aragon su legítimo soberano? ¿No se tenia presente que en aquella ocasion ese pueblo, tan adicto á los monarcas nacidos en su suelo, anduvo brindando con la corona y señorío del Principado sucesivamente á Luis XI. de Francia, á Enrique IV. de Castilla, á Pedro de Portugal, á Renato y Juan de Anjou, y que se dió á buscar por Europa un príncipe que quisiera ser rey de Cataluña antes que doblagar su altiva cerviz al monarca propio contra quien una vez se habia rebelado?

Nosotros dijimos entonces: «Semejante teson y

»temeridad daba la pauta de lo que habia de ser este
 »pueblo indómito en análogos casos y en los tiempos
 »sucesivos: pueblo que por una idea, ó por una per-
 »sona, ó por la satisfaccion de una ofensa, ni ahorra
 »sacrificios, ni economiza saugre, ni cuenta los con-
 »trarios, ni mide las fuerzas, ni pesa los peligros (1).»
 ¿No era de temer, añadimos ahora, que se entregá-
 ra en esta ocasion á Luis XIII. de Francia, como en-
 tonces se entregó á Luis IX.? ¿O no han de servir na-
 da á los que gobiernan los Estados las lecciones de la
 historia?

Si desacertado y torpe anduvo el de Olivares en
 no precaver una rebelion que se veia venir, no andu-
 vo mas atinado en los medios de vencerla cuando co-
 noció la necesidad de reprimirla. La sublevacion, que
 comenzó por los bárbaros desmanes de las turbas de
 agrestes segadores, por el asesinato del virey Santa
 Coloma y por las tragedias horribles ejecutadas con
 los magistrados, los nobles y los soldados castellanos,
 se convirtió por su culpa en ruda, obstinada y san-
 grienta guerra, sembrada de matanzas horrorosas,
 de lastimosas catástrofes, de represalias feroces. Si
 al principio las disciplinadas tropas del rey de Casti-
 lla vencian y arrollaban por todas partes las irregu-
 lares masas de los insurrectos, despues entre fran-
 ceses y catalanes acabaron sucesivamente con tres

(1) Parte II. lib. III. cap. 34 de nuestra Historia.

ejércitos castellanos, mandados por los marqueses de
 los Velez, de Povar y de Leganés, haciendo uno de
 ellos prisionero, sin que se escapára ni infante, ni
 ginete, ni maestro de campo, ni oficial, ni soldado.
 Y cuando el conde-duque de Olivares comprendió la
 necesidad de sacar al rey de la mansion encantada
 de la córte y de acercarle al teatro de la guerra
 para que diese con su real presencia ánimo á sus
 guerreros y calor á la campaña, contentóse con te-
 nerle como enjaulado en Zaragoza, luciendo brillan-
 tes galas, pero sin cuidarse de operaciones militares;
 y mientras el rey de Castilla jugaba á la pelota en la
 capital de Aragon, el mariscal francés La Motte der-
 rotaba al ejército castellano en la colina de los Cua-
 tro Pilares. Felipe IV. regresaba místico de Zaragoza
 á Madrid, y el general francés era recibido en triunfo
 por los catalanes en Barcelona. Por no perder el de
 Olivares su privanza, perdió la corona de Castilla pa-
 ra siempre el Rosellon, y el monarca y el privado de-
 jaron triunfante la insurreccion de Cataluña, despues
 de haber impuesto al reino sacrificios costosísimos,
 que vió con tanta amargura malogrados como habia
 sido la buena voluntad con que se habia prestado á
 hacerlos.

La revolución de Portugal no fué otra cosa que el
 movimiento natural de un pueblo vejado y oprimido,
 que se acuerda de que fué libre, y que encuentra
 ocasion de recobrar su antigua independendencia. Trata-

do por los tres Felipes mas como reino conquistado que como hermano y amigo, su anexion á Castilla duró solamente lo que Castilla tardó en debilitarse y Portugal en preparar su emancipacion. El conde-duque de Olivares acabó de avivar, en vez de templar ó extinguir, las añejas antipatías entre pueblo y pueblo; la guerra de Cataluña dejaba desguarnecido de fuerzas á Portugal, y Portugal se habria levantado aun sin las instigaciones y los auxilios de la Francia. El sigilo con que se manejó la conjuracion, la rapidez con que el plan fué ejecutado, el éxito completo y fácil que alcanzó, todo manifiesta evidentemente que era uno de esos movimientos nacionales que empujados por la fuerza impalpable é irresistible de la pública opinion llevan en el sentimiento universal de un pueblo la seguridad de su triunfo. Felipe IV. de Castilla nada supo hasta que le anunciaron que don Juan IV. de Braganza era rey de Portugal. Un monarca que ignora lo que pasa en uno de sus reinos hasta que le ha perdido, no merece poseerle. El ministro Olivares le dió la nueva riendo, y quiso hacer participar de su fingida risa al monarca diciéndole que el de Braganza habia perdido el juicio. El rey debió comprender que quien le habia perdido era el conde-duque de Olivares.

¿Qué hizo despues el de Olivares para ver de engastar otra vez á la corona de Castilla y de Leon aquella joya lastimosamente desprendida? Mientras

don Juan IV. obtenia el reconocimiento de las principales potencias europeas, la córte de Madrid se contentaba con trabajar, á costa de producir escenas de escándalo, para que el embajador portugués no fuera recibido en audiencia por el Santo Padre. En tanto que el de Braganza era jurado en las córtes portuguesas, y que se rodeaba de decididos y leales vasallos y se afirmaba en el trono de sus mayores, el de Olivares se vengaba en hacer aprisionar allá en Alemania al valeroso é inocente príncipe don Duarte de Portugal. El nuevo monarca lusitano fortificaba sus plazas de guerra, y el soberano de Castilla perdía las antiguas posesiones portuguesas de Africa y de las Indias, que se segregaban á medida que se iban informando del alzamiento de Portugal. Fraguóse una conspiracion para derrocar al de Braganza y proclamar de nuevo al de Castilla, y los conjurados perecieron en los calabozos ó en los patibulos: ni siquiera supo el ministro del rey de España cómo habia sido descubierta la conjura. Se trató de formar ejércitos para la reconquista, y merced á un llamamiento patriótico y á un esfuerzo extraordinario se logró reunir algunos cuerpos de tropas en las fronteras de Extremadura, de Galicia y de Castilla, no bien disciplinadas y peor dirigidas. El nieto de aquel Cárlos V. que viajó cuarenta veces por Europa ganando coronas y sujetando imperios, no se movió de la córte para recobrar un pequeño reino que se le escapaba casi á la

vista de los balcones de palacio. La nacion cuyos ejércitos habian dado la ley al mundo, se veia reducida á hacer vandálicas incursiones de incendio y de saqueo en una de sus mismas provincias. La poderosa España era impotente para recobrar el Portugal. A tal flaqueza habia venido con Felipe IV. la monarquía gigante de Felipe II.

Aun quedaba en España bastante pundonor, al menos para no sufrir con resignacion impasible tantas humillaciones y quebrantos fuera, tanto baldon é ignominia dentro, tan miserable y bochornosa situacion dentro y fuera. El dedo público señalaba al de Olivares como al causador de todas las afrentas, y el fascinado monarca halló al fin quien le apartara de los ojos la venda que se los cubria hacia mas de veinte y dos años. Hiciéronle ver que el hombre de los pomposos ofrecimientos, el que habia prometido hacer á España la nacion mas formidable del orbe, y al monarca español el príncipe mas poderoso de la tierra, era el hombre que estaba acelerando la ruina y perdicion del monarca y la ruina y perdicion de la monarquía. El mismo rey no pudo sostener ya al favorito, y cayó el conde-duque de Olivares. Debióse esta novedad principalmente á la reina Isabel de Borbon, ofendida del valído, que hasta alli habia llegado su desatentado orgullo: á la princesa Margarita de Saboya, que por causa suya habia perdido la regencia de Portugal, y á algunos prelados, consejeros, em-

bajadores y grandes, que ayudaron á aquella buena obra tan pronto como encontraron tan poderoso apoyo. No se pareció la caida del don Gaspar de Guzman á la de don Alvaro de Luna y á la de don Rodrigo Calderon. Para el de Olivares no hubo patíbulo ni roca Tarpeya: bajó del Capitolio mas como quien se desliza suavemente y por su voluntad, que como quien es derrumbado con violencia y por castigo. Felipe IV. se dignó concederle el permiso que solicitaba de retirarse, diciendo que estaba muy satisfecho de su desinterés y su celo. Bastaria esto solo para hacer la calificación de este monarca.

Francia habia ido creciendo todo lo que España habia ido menguando. Eran dos reinos que vivian de devorarse, al modo de dos plantas vecinas, de las cuales la una se alimenta y robustece del jugo que roba á la otra. La rivalidad venia desde Cátlos V. y Francisco I. Verdad es que Luis XIII. era mas rey que Felipe IV., y que los guerreros de la Francia comenzaron á brillar, cuando los insignes capitanes españoles se habian casi estinguido, y de ellos no quedaba sino tal cual muestra y muchos gloriosos recuerdos. Pero lo que influyó mas en la preponderancia de uno sobre otro reino fué la gran diferencia, en capacidad, talento, astucia y energía, entre el primer ministro del soberano francés y el primer ministro del monarca español. Richelieu fué un gran político y un grande hombre, mientras Olivares no fué sino un gran pre-

suntuoso y un gran soñador. Y no es que el ministro cardenal aventajara al magnate favorito, ni en moralidad, ni en pureza, ni en sobriedad, ni en recato, ni en otro género de virtudes. Al contrario, con ser un prelado de la iglesia Armand Duplessis, aun fué mas dado al fausto y á la disipacion que don Gaspar de Guzman: montaba el gasto de su casa á mil escudos de oro por dia; las riquezas que acumuló el de Olivares eran una modesta fortuna al lado de la escandalosa opulencia de Richelieu: si el Guzman alejó de la presencia del rey á los infantes sus hermanos, Richelieu iba siempre delante de los príncipes de la sangre, pensó sobrevivir á su soberano, y hacerse patriarca y regente del reino: si Olivares sacrificó algunas víctimas á la envidia y la rivalidad, el ministro de Luis XIII. ejerció execrables venganzas personales, tiranizó la nobleza, abatió los hugonotes del reino siendo protector de los calvinistas de fuera, fué ingrato con la reina madre, con el hermano del rey, con el rey, y con la reina misma, á quienes se hizo tan necesario como odioso: acabó con las libertades francesas, y vivió y murió aborrecido.

Mas si en las prendas del corazon no aventajó el de Richelieu al de Olivares, en las dotes del entendimiento no sufren paralelo las de uno y otro ministro, y el gran talento y la sábia política de aquel tenaz y eterno enemigo de la casa de Austria fueron las dos grandes fatalidades para la monarquía española en es-

te reinado. Sin que aceptemos nosotros la apasionada asimilacion que algunos escritores franceses quieren establecer entre el célebre Richelieu y el inmortal Jimenez de Cisneros, modelo éste de virtud y de grandeza, varon santo y gobernador admirable á un tiempo, confesamos que la Francia debió á Richelieu grandes servicios, que abatió las dos ramas de la casa de Austria, humilló una aristocracia insolente, favoreció el movimiento de la civilizacion, protegió las letras y las artes, engrandeció el reino, y le colocó á la cabeza de las naciones europeas. Asi fué que si por sus vicios y su orgullo el ministro de Luis XIII. murió aborrecido, por sus servicios y su grandeza murió admirado. El ministro de Felipe, IV. vivió teniendo quien le aborreciera, y murió sin tener quien le admirara.